

SALUDACION A ROMA

HACE ya veinte siglos fuiste joven. Un día
Rómulo y César bajaron tu cida,
mas a través del tiempo te he visto
cual crecido han tu arte, historia y poesía.
Eras, claudicante, la faz sin lozanas
y túpidos los ojos, y el pelo encanecido,
semejaba una rosa de tarde desvaída
en los parques umbríos de la Melancholia.
Eras, Marco, lírico! Decenas bajo un sol
leste a tu Coliseo, junto a tu Capitolio,
y cabe tus lentas cuyo murmurio arde.
Ahora yo, en un arroyo de brisa suprimo
impulso que me nadas, como Rómulo y Remo
en las providas aguas de la matanza. ¡Ójalá!

LIBRO I

BUCOLICAS

INTROITO

Alta es la voz que canta
el viento en las cañadas
y el sol en el campo
de las montañas.
El viento en las cañadas
por esas montañas
y en el campo
de las montañas.
El viento en las cañadas
por esas montañas
y en el campo
de las montañas.

BAJO EL HAYA DE TITIRO

El arco guarda la tierra
Kuh - con hoz de plata - siega
la oruga del tipo vano

Y, como nula que juega
tansa el ritmo castellano
a la bondad griega

LIBRO I
BUCOLICAS

INTROITO

Musa: roza con tu ala
las cuerdas del guitarrillo,
y sopla en el caramillo
las quejas que Pan exhala.

Flexiblemente resbala
por estas rimas sin brillo,
y en su ropaje sencillo
prende siquier una gala.

El surco aguarda tu grano:
Ruth --con hoz de plata-- siega
la ortiga del ripio vano.

Y, como ninfa que juega,
junta el ritmo castellano
a la bucólica griega.

LA FLAUTA DE PAN

Pan, el caprípedo bicorne,
ansió una vez una rosada
ninfa, y tras búsqueda insistente
al fin hallóla entre las aguas:
era Syringa que en el Ladon
toda desnuda se bañaba.

El dios al verla raudo echóse
entre las linfas por besarla;

JUAN B. DELGADO

mas ella entonces con presura
de cervatilla, corre pávija
con su venusta carne núbil
iluminando la campaña.

La fuga advierte el claro río
y en un momento, por salvarla,
cual por arcano encantamiento
trueca a Syringa en grácil caña.

El viejo sátiro se angustia,
emperla el césped con sus lágrimas,
y por dar pábulo a su pena
verde carrizo presto arranca:
trónzalo en siete cañutillos
dispare, y forja una flauta
en la que alienta quejumbrosa
de la deidad agreste el alma.

Pan desde entonces vive oculto
entre las selvas encantadas,
tañe que tañe su syringa,
la más melíflua de las flautas.

XXII

BAJO EL HAYA DE TÍTIRO

Salve, oh Syringa, compañera
de los Pastores de l' Arcadia:
sigue los tiempos evocando
de aquella Musa virgiliana
que para el arte aun vive en Roma,
urbe de Césares y Papas!

XXIII

BAJO EL HAYA DE TÍTIRO

A ROSALINDA

Con divino pincel Marzo decora
en lo azul el celaje transparente,
y sobre la campaña triunfalmente
su cesto de capullos vuelca Flora.

Cuando él reina, la turba voladora
pueblá el aire de trino balbuciente,
y la gárrula linfa de la fuente
hacia los campos va fecundadora.

En Marzo nace la estación florida;
y en él, mi pecho que de ti se ufana,
a su primer amor le dió cabida.

Todo compendias tú, Rosa lozana,
eres la primavera de mi vida:
celeje y flor y pájaro y fontana.

A ROSALINDA

PASTORAL DE LONGO

La siesta.

Duerme Cloe, Dafnis vela
el sueño de la niña encantadora,
y de la flauta rústica y sonora
un dulce arrullo virgiliano vuela.

—Chist, traviosos cabritos, artuñuela
que por demás te muestras baladora,
no despertéis a mi gentil pastora
más atractiva cuanto más me cela.—

Dice el zagal. Y en tanto en el turgente
seno de Cloe ocúltase impaciente
cigarra huyendo de ave que l' acosa.

Dafnis encuentra la ocasión propicia:
hurga, prende al insecto, y acaricia
dos venustas palomas nieve y rosa,

PASTORAL DE ROLLI

—Zagal: quieres decirme
si por aquí pasó
la dulce y gentil Dórida,
de la que novio soy?

—Sí que pasar la he visto
camino del alcor:
llevaba una ovejuela
y ésta al cuello un listón.

—Con sólo esa compañía?
—También la de un pastor.
—Quién?

—El apuesto Lícidas,
y un ramo la donó.
Pero te has puesto pálido .

—Males del corazón.
Feliz tú, vaquerizo,
que no sabes de amor!

PASTORAL DE ROLLA

—Xayal: ¿quieres decirme
si por aquí pasó
la dulce y gentil Lícidas
de la que novio soy?

—Si que pasar la he visto
camino del alcor:
llevaba una oveja
y está al cuello un listón.

EL BESO

Bajo el domo del bosque se divisa
—nota blanca en la eglógica verdura—
un cordero al que Filis con ternura
y grácil mano el vellocino alisa.

Cuando así la sorprendo, mi sonrisa
enciende de su rostro la hermosura;
tal un súbito rayo de luz pura
más el plumaje a la paloma irisa.

—Dame tu boca en flor, (clamo impaciente)
tus coralinos labios todo aromas
y frescos cual los frutos del madroño.—

Y al darla el beso apasionadamente,
tiemblan sus senos virginales, pomas
de leche y miel que maduró el Otoño.

EL RUEGO DEL PASTOR

He aquí a tu bardo montañés; al rudo
bardo humilde y sombrío,
que abre el ala de oro a las bucólicas
al herir el doliente caramillo.

Mírame cuál retorno: estoy enfermo,
me siento envejecido,
mi antes lozana faz está rugosa
y se nevió mi barba de caprino.

Escucha: hay en mi tierra un árbol triste,
un árbol amarillo,
so cuya fronda que frescor exhala
se asombran los cansados peregrinos.

De su lacio ramaje nunca cuelgan
los pájaros el nido;
es un árbol sin flores y sin pomas,
agrietado y anémico y raquítico.

Pero bajo su crústula, qué efluvio
y qué savia tan ricos!
Cuando lo hiere el leñador, del hacha
mella y perfuma el acerado filo.

Lo mismo soy: magier mi aspecto es rústico,
(mi corteza es de indio)
cuando me tratas con crueldad, te lanzo
modernas rimas de sabor antiguo.

Asómate al abismo de mi alma
como a un lago dormido:
águilas, pugnan por volar mis sueños;
víboras, se retuercen mis delirios;

Y, desgranando arrullos, dos palomas
allí tienen su nido:
el amor que hace tiempo me inspiraste
y el que guardo a mi madre desde niño.

Ven . . . sobre el altozano, serás Venus
en pedestal florido;
los turíferos nardos, a tus plantas
sus néveas urnas volcarán sumisos;

las aves, al oírte, avergonzadas
acallarán sus trinos,
y a tus labios, por miel, las mariposas
irán sedieatas como a jonios mirthos.

Qué hermoso que hallarás mi rincón verde,
mi agreste hogar tranquilo
donde se trenzan con palustres lotos
las azules campánulas del río!

Yo iré al bosque a leñar, iré por agua
al arroyo vecino;
que no permitiré que se maltraten
manos suaves y blancas cual los lirios.

JUAN B. DELGADO

Al fin de mi labor, cuando desunza
los tardos bueyes míos,
y del acecho de voraces lobos
resguarde en el redil a mis cabritos,

buscaré con anhelo tu compañía,
y en santa paz unidos,
yantaremos los rústicos manjares,
muy más que los de un rey, dulces y opimos.

Ven, deja la ciudad, deja el palacio
y el lujo y el bullicio . . .
Qué es la vida? . . . Una ráfaga de viento
que nos impele a un tálamo muy frío.

Ven a admirar el raso de las hojas,
cuyo fru-frú divino
no es el roce de seda que produce
al abrirse y cerrarse tu abanico.

Ven a ver los diamantes de Golconda:
las gotás de rocío
que en las urnas florales limpias tremen
y enhebra el sol en sus dorados hilos.

BAJO EL HAYA DE TÍTIRO

Oh, tú serás en la caliente zona
de mi suelo nativo,
una rara beldad en mi montaña
y una Princesa Azul en mi bohío!

Somos aves, volemos . . . En la selva
nos aguarda el idilio:
la eterna ley es anidar. Volemos
ansiosamente a suspender el nido!

EL CANARIO DE DORILA

Que sales? No es verdad. Cuando la Aurora
alceja el horizonte de lagunas,
Dorila, dulce huán de las pasturas,
llega a ti sonriendo balagüera.

¡Canta con voz tierna que te adora
más que a sus otros pájaros cantares,
y suspende tu nido entre las flores
que perfuman tu estancia recobrada.